

NADIE ME VERÁ LLORAR

CRISTINA RIVERA GARZA  
NADIE ME VERÁ LLORAR

© 1999, 2002, Cristina Rivera Garza

Ilustración de la portada: *El suicidio de Dorothy Hale*, óleo sobre madera (1939), de Frida Kahlo. D.R. © 2014, Banco de México, «Fiduciario» en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. Cinco de Mayo No. 2, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc, 06059 México, D.F.

Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2014

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2016, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

1.ª edición en Andanzas: junio de 1999

2.ª edición en Andanzas: octubre de 2000

3.ª edición en Andanzas: mayo de 2003

1.ª reimpresión en Andanzas: enero de 2004

2.ª reimpresión en Andanzas: noviembre de 2004

3.ª reimpresión en Andanzas: octubre de 2006

4.ª edición en Andanzas: febrero de 2008

1.ª edición en Maxi: noviembre de 2008

1.ª edición en Maxi en esta presentación: septiembre de 2016

ISBN: 978-607-421-865-7

1.ª edición en Maxi (tapa dura): mayo de 2014

ISBN: 978-607-421-561-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

# Índice

Prólogo .....	11
1. Reflejos, gradaciones de luz, imágenes.....	21
2. El esposo de la vainilla.....	69
3. Todo es lenguaje .....	95
4. Las buenas costumbres .....	123
5. «La Diablesa».....	167
6. Un mapa .....	197
7. Un método sin puertas.....	219
8. Vivir en la vida real del mundo.....	251
Notas finales .....	261

# Reflejos, gradaciones de luz, imágenes

1

Vemos por algo que nos ilumina;  
por algo que no vemos.

Antonio Porchia

«¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos?»

Dentro de la cabeza de Joaquín Buitrago hay un zumbido de abeja que no le permite dormir ni descansar en paz. *Matilda*. Una palabra, un batir de alas. Despierto, con los músculos tensos y los ojos abiertos, enciende un cerillo. La luz anaranjada del fósforo alumbra sus dedos manchados de nicotina y la carátula del reloj de bolsillo bajo la cual las dos manecillas doradas, encima la una sobre la otra, parecen haberse detenido para siempre a las doce en punto. Con la misma llama enciende la lámpara de petróleo, el quemador izquierdo de la estufa y un cigarrillo Monarca. Sin filtro. Hay sobre su rostro una sombra casi violeta a punto de convertirse en sonrisa que, sin embargo, se queda congelada en una mueca sobre los labios. Aun sin verla, la expresión lo molesta, lo avergüenza, pero no puede hacer nada para borrarla. Está alegre. Pero no sabe qué hacer con la alegría.

Sin camisa, Joaquín se pasa de cuando en cuando el pañuelo por la frente y alrededor del cuello para eliminar el sudor. Al mismo tiempo pone a hervir agua en una olla de peltre azul. Está preparando la emulsión de almendras dulces, clorhidrato de morfina y jarabe de flor de naranjo que ya no mitiga su insomnio crónico pero cuyo olor de cualquier manera lo hace soñar, aun con los ojos abiertos y los

músculos tensos. Lo ha intentado todo, las tinturas de colombo, de cuasia, de genciana, de quina: treinta centímetros cúbicos de cada una mezclados con diez centigramos de morfina. Tres cucharadas al día. Veinte. Vasos enteros. También ha probado el opio en agua de almidón; el bromuro de potasio, perfecto para aquellos atacados por preocupaciones del espíritu, afecciones morales depresivas y esfuerzos intelectuales excesivos; el bromuro de sodio, recomendado en casos de constante irritación; el paraldehído en jarabe de laurel de cerezo o en agua de tilo. Su insomnio ha vencido todos los remedios. Al final, sólo la emulsión de almendras es capaz de apaciguarlo mientras aguarda el amanecer en el horizonte. Entonces, entre las seis y las ocho de la mañana, duerme sobre su catre justo cuando todos los demás despiertan y la ciudad vuelve a juntarse en su nudo de ruido y velocidad.

La luz lo distrae. No lo puede evitar. Apenas el ámbar cruza el límite movedizo entre la oscuridad y la falta de oscuridad, sus pupilas van detrás del color como por instinto. Son muchos años ya de perseguir la luz como se persigue a un animal. Años de esconder el rostro y el cuerpo detrás de lentes, esterópidos Gaumont comprados en París y cámaras Eastman o Graflex traídas directamente de Rochester. Son ya muchos años inútiles, años extendidos como un lienzo de muselina negra horadado a veces, muy pocas veces, por algunos agujeros luminosos, efímeros. Luciérnagas como mujeres y viceversa. Inmóvil, preso una vez más de su automatismo fototrópico, Joaquín observa las cuatro paredes de su cuarto. Aspira el humo del cigarrillo, se coloca las madejas de cabello grasoso detrás de las orejas, cruza los brazos sobre su pecho desnudo y observa. No hay nada que haga o recuerde con mayor placer. Joaquín es un hombre tenso, alguien que sólo se siente cómodo en los márgenes de los días, detrás de los espejos. Bajo la luz mortecina que produce el petróleo, las sobrepuestas capas de pintura crean pai-

sajes umbrosos sobre los muros de adobe de su cuarto. Hay un bosque otoñal extendido sin orden ni dirección determinada. Al fondo emergen montañas de aguamarina y cielos encapotados de púrpura. Aquí y allá aparecen los hocicos abiertos, rojos de ira y melancolía, de los perros y, en el fondo, en lo que fue tal vez la primera capa de pintura original, hay rizos de nieve blanca obligados a caer por los embates del salitre y la humedad de todas las temporadas de lluvia. La nieve. La nieve del tiempo, mansa y blanca, duradera. Por un momento, el deseo de sentir los copos de nieve es tan agudo que Joaquín tiene que cerrar los ojos. Entonces, refugiado en la penumbra de su cabeza, recuerda cuánto le disgusta el color blanco.

—Matilda —murmura mientras mueve la cabeza de izquierda a derecha y vierte un poco de la emulsión en un pocillo de barro. El líquido deja un escozor amargo en la punta de la lengua. Una vez en el estómago, los almendros y la flor de naranjo crean una tarde fresca en los labios.

«¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos?», le había preguntado. Joaquín, desacostumbrado a oír la voz de los sujetos que fotografiaba, pensó que se trataba del murmullo de su propia conciencia. Ahí, frente a él, sentada sobre el banquillo de los locos, vistiendo un uniforme azul, la mujer que debería haber estado inmóvil y asustada, con los ojos perdidos y una hilerilla de baba cayendo por la comisura de los labios, se comportaba en cambio con la socarronería y altivez de una señorita de alcurnia posando para su primera tarjeta de visita. Él había hecho tantas después de todo, cientos de ellas. Antes de llegar a las cárceles y, después, al manicomio, ya era un profesional de la fotografía: un hombre de levita y zapatos boleados ante el cual las mujeres más diversas se abrían como puertas. Bastaba una frase, cierto tono sugerente en la voz, para propiciar la mejor coquetería y el más honesto exhibicionismo femenino. Lo que él buscaba era el azoro, el rasgamiento del pudor, su misma

médula. Antes. No desde hacía muchos años. No hasta volver a encontrar a Matilda. En lugar de recargarse sobre la pared y mirar en silencio el vacío, ella se había inclinado hacia la cámara y, acomodándose el largo cabello de caoba con gestos seductores, formuló la única pregunta que le recordaba la muerte. La suya.

El fotógrafo pudo haberle respondido lo que siempre se decía a sí mismo: la maldita morfina. O lo que nunca se decía a sí mismo pero que hoy, este 26 de julio a las tres treinta de la tarde, le llegó de repente a su cabeza: Roma, la imposibilidad de la luz romana. Por algunos instantes, todavía incapaz de creer que una loca le preguntara aquello, estuvo tentado a contarle el milagro de sus tres años en Italia. 1897. El ejercicio voraz de la fotografía. Roma fija para siempre en papeles albuminados, placas de plata sobre gelatina. Roma, hiriendo sus retinas de veintiséis años. Tres veranos muy largos. Un paisaje de lomas, nubes, ríos. Una mujer: Alberta. Roma, que había partido su vida en dos: antes y después. Antes Alberta, y después la morfina.

—¿Cómo te llamas? —El sonido de su propia voz lo sorprendió.

—Matilda. Matilda Burgos.

Repitió el nombre un par de veces tratando de mantener la atención de la mujer en la lente. Luego, la tercera, la cuarta vez, empezó a degustarlo, a masticarlo, a exprimirlo. Ella cedió. Su sonrisa primero y después sus ojos. La mujer ya estaba posando. En ese momento la luz de julio se transformó y las aguas del Tíber llegaron a sus rodillas. Alberta estaba gritando su nombre y agitando sus manos como si él se encontrara en la otra orilla.

—Aquí estoy —le dijo.

—No, tú estás aquí —murmuró la mujer llevando la mano de él hacia sus piernas.

Joaquín no supo qué hacer. Ella lo atrajo hacia sí, mesó sus cabellos y se burló de su torpeza.

—Entonces, ¿cómo se convierte uno en un fotógrafo de locos?

La pregunta de Matilda lo sacó de las aguas del Tíber y lo regresó a Mixcoac. En voz muy baja, totalmente inaudible, Joaquín se dijo a sí mismo: «Todo fracaso comienza con la luz, con el deseo de atrapar la luz para siempre». Luego, molesto, reaccionando con la hostilidad habitual, dijo algo en voz alta:

—Mejor dime cómo se convierte uno en una loca.

Por toda respuesta Matilda alzó los hombros y le hizo un guiño con el ojo izquierdo.

—¿De verdad quiere que le cuente?

Joaquín Buitrago, que había olvidado la risa, se asombró al sentir en sus labios el estruendo de una carcajada. El eco recorrió el manicomio y, como si no tuviera más lugar adonde ir, se le introdujo por las orejas. El sonido invadió su cabeza todo el día y toda la noche. No era el monótono zumbido de una abeja, sino el estrépito de un vaso de cristal rompiéndose en las venas. Como siempre, a las seis de la mañana, cayó rendido, engarrñado y todavía tenso, sobre su camastro maltrecho.

A las ocho de la mañana del 27 de julio de 1920, Joaquín recordó con absoluta certeza dónde había visto antes a Matilda Burgos. Se levantó en el acto y se dirigió al baúl de latón que, junto con el catre, la silla y la mesa de madera, eran los únicos muebles del cuarto y todas sus pertenencias. Lo abrió ansioso. Luego, extrajo con sumo cuidado su tesoro más suyo: la colección de fotografías estereoscópicas colocadas sobre monturas de cartón que tomó justo después de su regreso de Italia. Cada placa contenía la imagen de una mujer desnuda, una mujer cubierta de deseo y expuesta. Mirando por los dos oculares del visor revisó los retratos uno por uno. Su rostro mostró satisfacción. Mientras

intercambiaba las placas, su gesto huraño y descreído se tiñó por el vértigo. Recordó sus veintiocho años. Las cejas pobladas y todavía negras sombrearon sus ojos hundidos con el jugueteo de la juventud, y la nariz aguileña adquirió de nueva cuenta el ángulo de su voluntad. Volvió a creer en la posibilidad de fijar la singularidad de un cuerpo, un gesto. La posibilidad de detener el tiempo. Ahí estaba una vez más, imperecederas, las poses únicas de las mujeres de las casas de citas. *Mis mujeres*. En el centro de cuartos abigarrados, rodeadas de estatuillas y espejos, vistiendo ropas transparentes del lejano Oriente o completamente desnudas, las mujeres posaban como si estuvieran haciendo un pacto con la eternidad. No recordaba sus nombres ni el de los lugares. Difícilmente puso atención a las fechas. Raras veces tomó notas. Lo único que Joaquín fue capaz de recordar estaba almacenado en reflejos, gradaciones de luz, imágenes. Bajo ese poder todo era real y todo era posible. Fuera de éste sólo existía el blanco, la saturación de color que él asociaba con la muerte y el más allá. ¿De qué color sería el limbo?

La placa número diecisiete era de Matilda Burgos, y Joaquín, sin despegar los ojos de los cilindros del visor, sonrió. Ni siquiera se dio cuenta que lo estaba haciendo. Matilda había elegido la mesa de mármol y las falsas pieles de oso: se recostó sobre ellas. Luego, ya sin ropa, se recargó sobre su brazo derecho y sin más le ordenó que empezara la sesión.

—Después de todo, tú eres el que quiere las fotografías, no yo.

Divertido, Joaquín obedeció en el acto.

Como todas las otras mujeres que había retratado en el mismo burdel, Matilda seleccionó el escenario y las poses. Algunas habían preferido permanecer en sus cuartos, recostadas sobre los mismos colchones donde realizaban su trabajo; otras, en cambio, le sugirieron la visita a un arroyuelo

cercano. Algunas se desnudaron sin más, otras eligieron exóticos tocados chinoscos, y las menos decidieron enfrentar la cámara con sus ropas cotidianas a medio vestir. Todas habían visto sin duda las postales eróticas de moda en el mercado y, aunque Joaquín les había explicado que sus fotografías no tenían interés comercial alguno, la mayoría hacía esfuerzos entre risibles y sinceros por imitar las poses de languidez o de provocación de las divas como Adela Eisenhower o Eduwiges Chateau. Después, conforme la sesión avanzaba y la actitud inerme de Joaquín lograba crear un tenue lazo de confianza, algunas modelos, siempre las menos, empezaban a fluir. Cuando ocurría, el proceso era lento, casi subterráneo, y hasta podía pasar inadvertido. En esos momentos Joaquín siempre pensaba en los movimientos de un girasol. A veces era solamente un gesto de asombro, cierto dejo de timidez o de hastío en la voz, la interrogación apenas visible en el rostro: «¿Qué diablos estoy haciendo aquí?» y las mujeres se volvían hacia adentro, hacia donde se veían como ellas mismas querían verse. Y ése era precisamente el lugar que el fotógrafo anhelaba conocer y detener para siempre. El lugar en que una mujer se acepta a sí misma. Allí la seducción no iba hacia afuera ni era unidireccional; allí, en un gesto indivisible y único, la seducción no era un anzuelo sino un mapa. Joaquín estaba convencido de que era posible llegar a ese lugar. Joaquín Buitrago todavía creía en lo imposible cuando Matilda se quitó la ropa sin pena alguna y, buscando sus ojos tras la lente desde la mesa de mármol, le preguntó:

—¿Cómo se llega a ser fotógrafo de putas?

Pensó en Alberta, no tuvo alternativa, pero conservó la calma. Su desconcierto sólo fue evidente en el ligero temblor de sus dedos al manipular la retina del Gaumont. *¿Te atreverás a responder esta vez, Joaquín?* Ésa era la pregunta que nunca quiso contestarle a nadie y mucho menos a sí mismo. A veces, en las raras ocasiones en que tomaba cerveza

con algunos conocidos de la Academia de San Carlos, ensayaba el cinismo. «Todos somos hombres, ¿no? ¿A poco tengo que explicártelo?» Sin embargo, para encontrar el tono exacto de la ironía, tenía que estar borracho o medio distraído. Fuera de sí. En otros días sobrios y tensos, la adrenalina lo llevaba directamente a la vaguedad. En lugar de responder con frases completas, recurría a las palabras «belleza», «espíritu», «eternidad», las cuales pronunciaba con la fingida ligereza de un sabio. Con el tiempo, mientras intentaba por todos los medios evitar la curiosidad de los conocidos, Joaquín se volvió un experto fabricante de evasivas y, eventualmente, cansado ya del juego de las palabras, también le dio por evitar los encuentros. Un hombre rara vez puede confesar que toma fotografías de mujeres para volver al lugar de una sola mujer. Alberta. En esos casos, prefiere la soledad. Prefiere guardar el recuerdo de Alberta dando de vueltas, diciéndole: «Todo es posible, Joaquín, excepto la paz, ¿no te habías dado cuenta?». Joaquín terminó de fotografiar a Matilda en el más absoluto silencio. La imagen de Alberta, abandonándolo, dejándolo varado para siempre a la orilla de un río, lo siguió de cerca todo el camino de regreso a su casa. El perro azul de la memoria le mordió los tobillos.

Para imprimir las placas utilizó bromuro de plata y, con mucho cuidado durante el proceso fotográfico, logró vistosos colores. Después, cubierto por el sudor, el cansancio de varios días sin sueño y el sobresalto que le producían las imágenes, las observó una vez más antes de introducirlas con toda delicadeza en su baúl de latón. Se sentó sobre él. De pronto, la fragilidad de las fotografías estereoscópicas le provocó un ataque de ansiedad. ¿También la eternidad terminaría por quebrarse? ¿Habría algo dentro de él que pudiera permanecer a salvo de la lejanía de Alberta? Incapaz de responder, siempre incapaz de responder, Joaquín encendió otro Monarca y, tirando la ceniza sobre el piso de madera

de la casa paterna, esperó pacientemente la luz del amanecer para poder descansar. Sin paz.

Soñó con Alberta. Con la apertura milagrosa que era Alberta. Dentro de su sexo había luz; dentro de su boca nacía la luz; dentro de sus ojos moría la luz. Como alguna vez sucedió en Roma, Alberta colocó su propia luminosidad sobre las manos de Joaquín en el sueño.

—Haz lo que quieras —le dijo.

La sonrisa en su rostro era atroz. Lo sacudió por completo. Él aceptó el regalo sin dudar, sin medir las consecuencias.

—¿Y si me quiero morir? —preguntó con inocencia.

—También eso puedes hacerlo.

Una certeza punzante lo despertó. Eran las ocho de la mañana y el sol de mayo irrumpía ya a través de las cortinas. El dolor le impidió la respiración por un momento. El dolor se le incrustó como un alfiler bajo las uñas. El dolor no le permitía ver nada más. No pudo moverse. «¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?» Por esto, esto que no podía expresar. Esto que se denominaba Alberta y quería decir la imposibilidad.

Poco después del mediodía un mensajero tocó a la puerta de su casa. Un niño moreno y andrajoso preguntó por don Joaquín Buitrago, y luego le entregó un sobre color violeta. Dentro, en una tarjeta del mismo color, encontró la siguiente frase: *Todas las mentes enfermas y carentes de buen gusto y arte juzgan el desnudo como inmoral.* La firma era de Matilda Burgos. El fotógrafo se deshizo de inmediato del sobre pero conservó la tarjeta dentro del bolsillo derecho de su chaleco por varios días. Cuando, semanas después, decidió visitar una vez más el burdel por El Salto del Agua, donde trabajaba Matilda, una matrona de manos masculinas y cubierta apenas por una bata chinesca de seda roja le informó que la pupila había desaparecido con un dizque ingeniero de Estados Unidos.